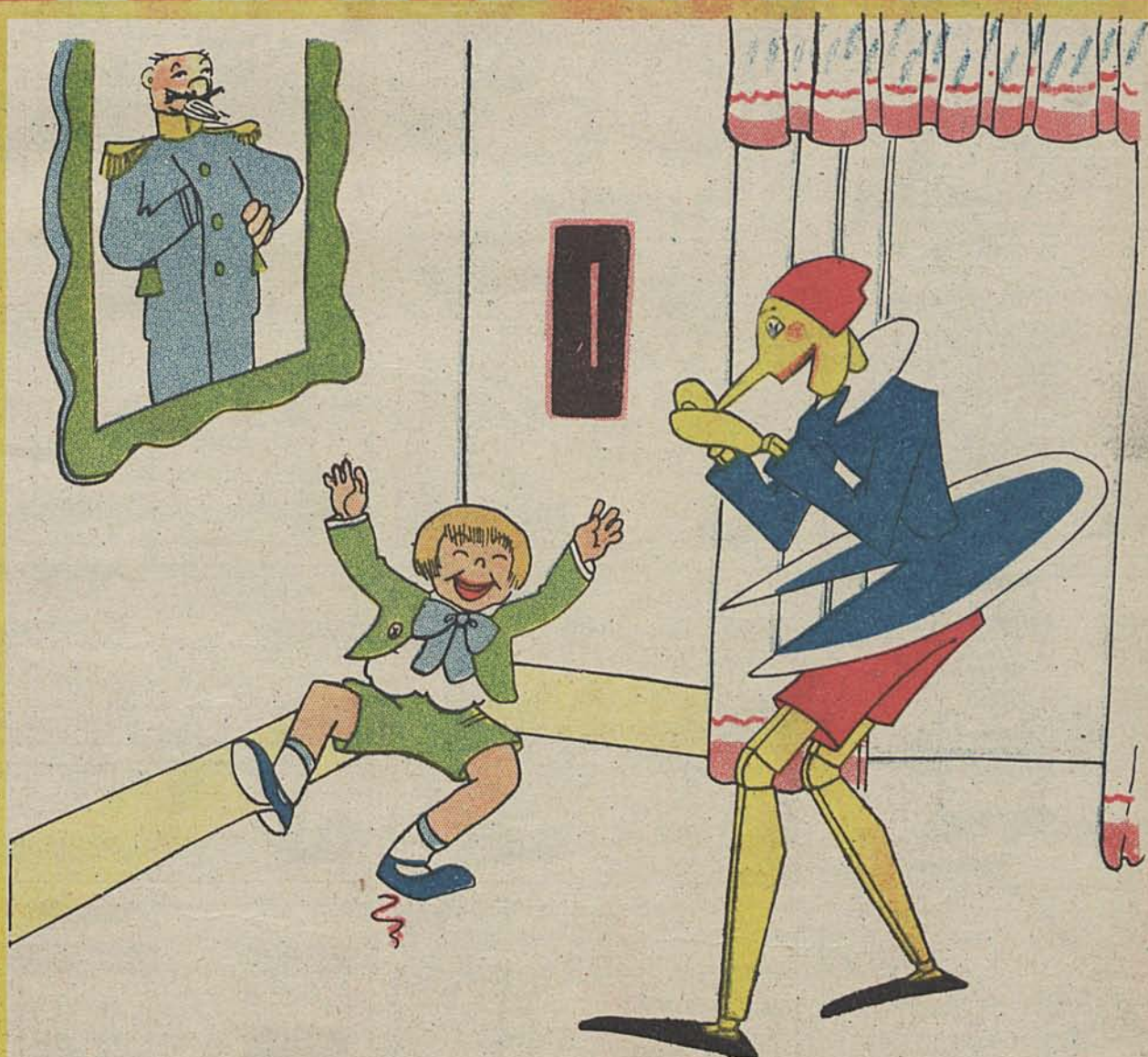


PiNOCHO

AÑO VI
NUM. 293

25cts

28 SETIEMBRE
1930



-¿A QUE NO SABES POR QUÉ ESTÁ CALVO DON TURULATO?
-¡NO SÉ.....!
-¡PORQUE LE HAN TOMADO MUCHO EL PELO!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





(Continuación)

—Y será mejor para ti— dijo el gambusino, disparando un tiro con-

tra un lobo que se acercó demasiado.

—Tú ignoras todavía una cosa, padre—dijo Minnehaha, mientras el gambusino cargaba otra vez el arma.

—¡Habla, pues!

—Que yo he vengado a mi hermano.

—¿Quién? ¿Tú?— exclamó el hombre, haciendo un gesto de estupor y de alegría al mismo tiempo.

—¿No encargó mi madre al Pájaro de la Noche que matara al coronel para facilitar el paso a los sioux?

—Sí; esperaba que, muerto el jefe, los otros se dispersarían, y parece que se ha engañado. Tu madre ha estado demasiado cruel, porque debía haber supuesto que aquella empresa era muy peligrosa para el Pájaro de la Noche.

—Pues yo le he vengado, te repito.

—¿De qué modo?

—Clavando en la espalda del coronel un machete.

—¿Tú? ¿Tú sola?

—Sí; yo, padre.

—¡Tan joven! ¡Tienes en las venas la misma sangre de tu madre!

—Y también la tuya, porque se dice que Red-Cloud (Nube Roja) fué en su tiempo un formidable guerrero, jefe de una gran tribu de los corvis.

—¿Quién te lo ha dicho?—preguntó el gambusino, o el indio, arrugando la frente.

—Lo he oído decir en nuestro campamento—respondió Minnehaha.

—¡Y bien! ¡Es verdad! ¡He sido un gran jefe, y Nube Roja ha arrancado muchas cabelleras a sus enemigos!

Disparó de nuevo su rifle contra otro lobo, en tanto que los tres voluntarios no cesaban de hacer fuego, y después añadió:

—¿Y estás segura de haber matado al coronel?

—Lo creo, al menos.

—¿Y por qué no te han matado?

—Porque nadie lo ha visto. Di el golpe cuando los sioux asaltaban la garganta, y esos tres hombres me esperaban para llevarme con ellos.

—¿Por qué motivo?

—Porque esperaban que yo les diese preciosas informaciones del jefe de los arrapahoes, a quien creen mi padre.

—¿Y adónde van estos hombres?

—A salvar a los hijos del coronel.

Nube Roja hizo un gesto de ira.

—¿Confesó, pues, el Pájaro de la Noche?—preguntó, apretando los dientes.

—No; ni una palabra salió de sus labios.

—Entonces...

—No sé—respondió la muchacha, que ignoraba lo que contenía el billete que el indian-gaent sacó de la gualdrapa del caballo—. Sé que están encargados de salvarlos antes de que los arrapahoes de Mano Izquierda se presenten en la hacienda.

—Pues llegarán tarde, porque tu madre ha mandado otros avisos antes que ése.

—¿Y qué hacemos nosotros?

El gambusino disparó otro tiro a los lobos, añadiendo en seguida:

—Trataremos de impedir que estos hombres lleguen a la hacienda antes que los arrapahoes. Ésa es nuestra misión.

—No será cosa fácil: me parecen hombres resueltos—dijo Minnehaha.

—La pradera es inmensa, y pueden ocurrir muchas cosas inesperadas—respondió el falso *gambusino*—. Ya que tu madre quiere tener en su poder a los hijos del coronel, haremos lo posible por complacerla. No quiero cuestiones con ella: es demasiado terrible y vale más que cien guerreros.

—¡Es una mujer valientel—dijo Minnehaha, con sonrisa de orgullo.

—¡Sí, demasiado valientel—respondió *Nube Roja* con un suspiro—. ¡Yo lo sé!

—Y uniéndote a estos hombres, ¿no correrás peligros, padre? Tú no tienes amigos entre los *chayennes*, y, además, con ese traje no te creerían indio.

—¡Ya trataremos de salir bien! Ahora, basta: déjame hacer fuego, o serán los lobos los que se encarguen de poner fin a nuestro viaje.

Las malditas bestias parecían no tener bastante con las duras lecciones que con sus rifles estaban dándoles los cazadores.

Al contrario, aquella resistencia parecía enafecerlas más de momento en momento. Rechazadas de la puerta, entraban por una brecha; después volvían a hacer irrupción a través de la puerta, dando aullidos espantosos, que impresionaban profundamente a los defensores.

Muchos lobos debían de estar ya hidrófobos, porque tenían las fauces llenas de baba, los ojos encendidos y la cola entre las piernas. Contra éstos, como los más peligrosos que eran, dirigían, preferentemente su puntería los tiradores.

—¡John!—gritó en aquel momento Harris, que había hecho ya doce disparos—. ¿Podremos resistir mucho tiempo? ¡Me parece que estos malditos animales, lejos de disminuir en número, aumentan considerablementel

—Ya me he fijado en ello—respondió el *indian-agent*, que desahogaba su ira masticando un trozo de tabaco—. ¡El huracán parece arrojarlos aquí!

—¿Sería éste uno de sus refugios?

—Tal vez.

—Tú me has hablado de un subterráneo. ¿No podríamos refugiarnos en él?

—Eso estaba pensando.

—¿Es ancha la escalera que a él conduce?

—Nuestros caballos podrán bajarla. Ya sabes que están acostumbrados a saltar como *bigarnes* (carneros).

—Al menos, yo respondo del mío y del de mi hermano.

—Y yo del mío. En cuanto al del *gambusino*, no será más torpe que los nuestros. Jorge, ¿tienes todavía torcida de *ocote*?

—Sí—contestó el joven.

—El subterráneo se encuentra a nuestra derecha, junto a ese arco. Deja tu puesto y pon en salvo los caballos, o acabaremos por perderlos. Una escalera se defiende bien, sobre todo si se tienen cuatro fusiles. ¡Date prisa, porque estos animales van a dar un asalto general!

El joven disparó nuevamente su carabina y se dirigió corriendo adonde estaban los caballos, que relinchaban desesperadamente, como si sintieran ya en las ancas los mordiscos de los lobos.

Éstos, reforzados con nuevos compañeros que llegaban a todo correr de la selva, se disponían a un terrible ataque, que debía acabar con la muerte de los hombres y de los caballos.

Los muertos eran bien pronto reemplazados por nuevos y feroces lobos, que cubrían ya todas las aberturas y empezaban a avanzar denodadamente, sin espantarse ya del fuego, ni mucho menos de los disparos de las carabinas.

Nube Roja se había dado cuenta del peligro, porque después de haber montado a Minnehaha sobre su espalda, se batía en retirada hacia el fondo del refectorio, sin cesar de hacer fuego.

Jorge no perdía el tiempo. Encontró la escalera que conducía al subterráneo donde fueron sofocados y fusilados los ladrones mejicanos; encendió la torcida e hizo descender al primer caballo.

Comprendió al punto *Nube Roja* de qué se trataba, y acudió en su ayuda, poniendo en salvo a Minnehaha y a su propio caballo.

Entretanto, John y Harris trataban de detener a los lobos, cada vez más audaces.

(Continuará en el próximo número).



GRAN CINE TINUTONESCO



UN DRAMA EN EL DESIERTO

por E. Salgar

(Continuación)

—No, capitán—me dijo—Esos hombres son árabes del desierto y vienen además armados. ¿No ve sus blancos albornoces y el brillo de sus fusiles al resplandor de la Luna?

—Quizá vienen a proponernos que hagamos con ellos cambios de mercancías—le respondí—. Aún tenemos una caja de bisutería y se la cederemos a cambio de algún cordero y por sal.

Mohot nada me replicó. Vi en cambio que estaba tranquilo.

Un cuarto de hora después una de aquellas embarcaciones nos abordaba por la popa en tanto que las otras tres flngían, manteniéndose a distancia, que iban a continuar su camino.

El barco que se aproximó al nuestro iba tripulado por siete árabes negros como tizones, delgados, ágiles y nervudos, que

estaban armados con largas espingardas de chispa como aún la usan los nómadas del Sahara y unos cuchillos corvos llamados *yataganes*.

Uno de ellos se agarró a la escala de cuerdas que pendía del castillo de popa y subió por ella hasta la borda diciéndome:

—La salud sea contigo.

—¿Qué queréis?—le dije mientras Mahot despertaba a los marineros y se armaba con una barra de hierro, pues no teníamos a bordo ningún arma de fuego.

—Hemos venido a ofrecerte pescado —dijo el árabe—. ¿Quieres comprarlos? En cambio de ellos nos darás tabaco y pólvora para nuestros fusiles.

La oferta me pareció tan natural que alejando de mí toda sospecha acepté desde luego el trato, muy a pesar de los gestos poco tranquilizadores que me hacía Mahot.

El árabe descendió por la escala y cuando volvió a subir traía una cesta que contenía soberbias doradas que parecían recién pescadas.

Le entregué a cambio de ellas una libra de tabaco y unas cincuenta cargas de pólvora. Después le despedí.

Iba ya la chalupa a emprender la marcha cuando el árabe me llamó:

—Toma—dijo lanzándome una cestita hecha de hojas de palma entretrejada—. Son dátiles superiores.

Dicho esto se alejó la chalupa en dirección al Cabo Blanco, mientras las otras tres continuaban avanzando hacia el Atlántico. Quizá iban a pescar junto a uno de aquellos bancos de arena que se encontraban bastante más allá.

—¿Qué me dices ahora de tu miedo, Mahot?—dije a mi suspicaz marinero—Estos árabes del desierto son más cumplidos que los senegaleses a pesar de su aspecto de bribones.

Mi marinero movió incrédulamente la cabeza y nada me contestó. Se hallaba en efecto muy poco convencido y eso que aquel valiente le veía alejarse mejor que yo. Si hubiera hecho caso de sus sospechas la catástrofe que había de sobrevenirnos algo después hubiera sido evitada.

Como la calmazón perduraba, arrollamos las velas y nos preparamos la cena.

Las doradas que nos vendieron los árabes eran realmente soberbias y todos estábamos deseosos de probarlas, pues hacía dos semanas que no habíamos comido ni un pedazo de carne fresca.

Pronto estuvieron asadas y comidas y como postre repartí entre los marineros los dátiles que nos habían regalado los árabes.

No habían pasado dos horas cuando ví que Mahot se me acercaba pálido y transfigurado. Se oprimía con las manos el pecho como si quisiera sofocar atroces dolores.

—Capitán—me dijo con voz entrecortada—. Los árabes nos han envenenado.

Contemplé al contramaestre con espanto. Hacía algunos minutos que yo experimentaba también agudos dolores y sentía gran trastorno en los intestinos al mismo tiempo que me ardía el pecho como si tuviera fuego.





—¿Será eso cierto, Mahot?—pregunté.
—Sí, capitán, esos perros han envenenado los dátiles y el pescado. Mire; todos nuestros marineros yacen por el suelo retorciéndose como serpientes.

En efecto; todos mis hombres rodaban sobre el suelo del puente lanzando ahogados gemidos como si todos se hubieran mareado de repente.

Sentí que se me helaba la sangre en las venas y que los cabellos se me erizaban. Ya no había duda ninguna; aquellos miserables nos habían envenenado para apoderarse de mi barco sin tener que trabar combate de ningún género.

Yo, mientras tanto, ayudado de Mahot intentaba dar ánimos a los marineros suministrándoles algunos eméticos. más de improviso sonó una fortísima descarga y multitud de balas pasaron por encima de nuestro buque cortando algunas velas del palo trinquete.

—¡Los árabes, capitán! —gritó Mahot—. ¡Que nos abordan!

Intenté levantarme para coger algún arma; pero me faltaron las fuerzas y caí desvanecido entre mis marineros. Horribles dolores me torturaban los intestinos.

—¡Capitán, compañeros, a las armas!—gritaba Mahot—. ¡Que nos abordan!

Ninguno pudo moverse: no podíamos ni levantar un brazo.

Las descargas de fusil se repetían con mayor frecuencia y además oíamos los gritos salvajes de los árabes.

De pronto vi que algunos hombres trepaban por las escalas del castillo de popa y se precipitaban sobre cubierta donde Mahot estaba con su barra de hierro en alto descargando golpes con vigor sobrehumano.

Oí confusamente algunos gritos, después nuevos disparos, después nada.

Había caído sin sentido.

Cuando volví en mí cabal juicio ya no estaba a bordo de mi buque.

Estaba tendido sobre la arena del desierto sólidamente atado a un pilarote de madera profundamente clavado en el suelo.

Ante mí se alzaba una tienda árabe de forma cuadrangular, de techo plano y un largo palo en cuya punta había sido clavado el cráneo aún sangrante, de un hombre.

Miré aquel horrible trofeo y no pude contener un grito de furor y de angustia que se me escapó: había reconocido aquella cabeza: era la de mi contramaestre, del bravo Mahot.

Al oír aquel grito salió de la tienda un árabe armado de una larga espingarda. Era un negro de alta estatura: tenía cubierta la cabeza con un amplio turbante orlado de franjas y envuelto el cuerpo en un blanquísimo albornoz.

Viendo que yo me reforcia y hacía esfuerzos

por desligarme de las amarras apuntó a mi pecho con el cañón de su espingarda, diciéndome:

—El hombre que manda el buque va en busca de la muerte.

—Mátame como has matado a mis compañeros, miserable ladrón—le grité.

El árabe me miró con estupor.

—Tus compañeros no están muertos—me dijo después—. El hombre una vez muerto no sirve para nada y estando vivo se le puede vender en buenas condiciones.

—¿No habéis matado a mis marineros?—le grité.

—No; no hemos cometido esa tontería.

—Y esa cabeza ¿no pertenece acaso a uno de mis marineros más valientes, a mi bravo Mahot?—rugí con ira mientras lágrimas de rabia y de dolor corrían por mis mejillas.

—Ese gigante mató a cinco de los nuestros y para que no nos exterminase a todos le fusilamos.

—¡Pobre Mahot!—exclamé

—Los demás están vivos—prosiguió el árabe.

—¿Y mi barco?

—Le hemos incendiado para aprovechar el hierro, que en el desierto tiene mucho más valor que el oro y la plata.

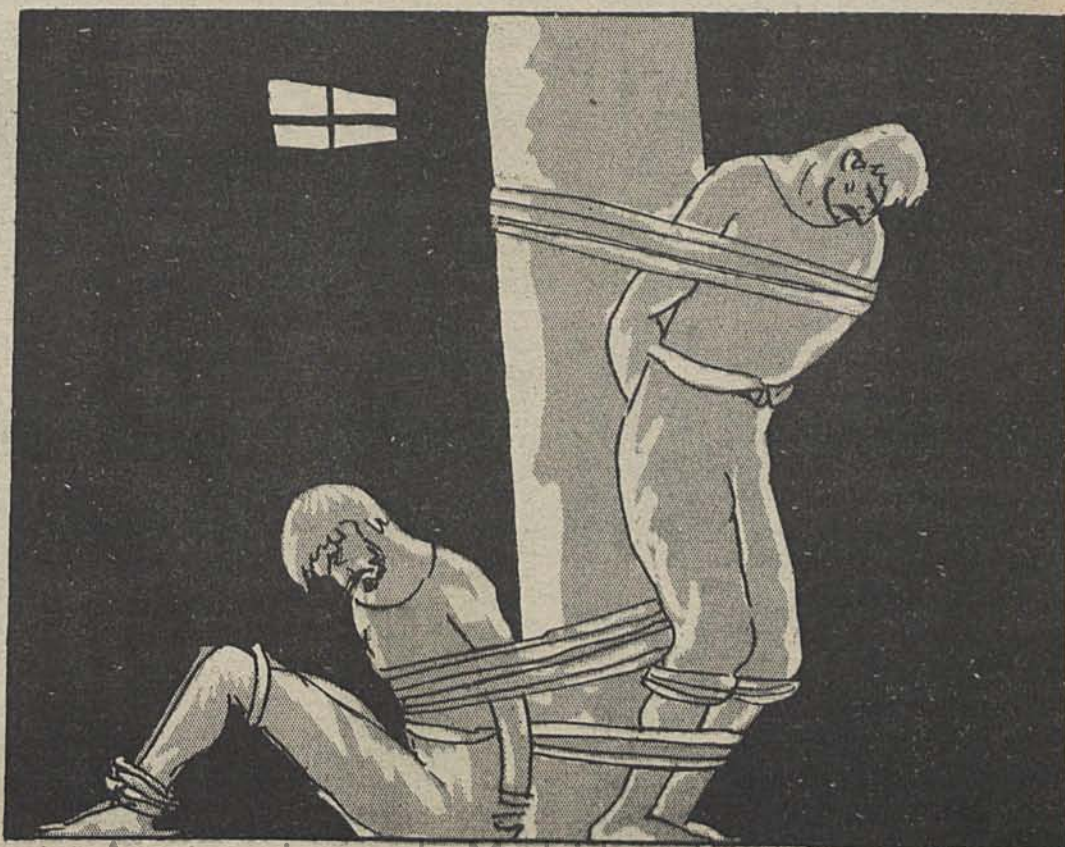
—¡Ladrón!—le grité.

El árabe se encogió de hombros riéndose en mi cara y luego, sentándose junto a mí, de dos cuchilladas me cortó la cuerda, y dijo:

—Estás libre por el momento: estoy persuadido de que no te escaparás. Y me dejó, entrando después en su tienda.

El árabe sabía muy bien que yo no hubiera intentado jamás una fuga. La libertad que me concedían no podía utilizarla de

(Continuará.)





CON CHUFITA Y PERICUELO SE PASA LA VIDA AL PELO



OYE, PERICUELO. TRAEME EL PIJAMA QUE ME VOY A LEVANTAR.

YA VENÍA YO CON EL DESPERTADOR EN LA MANO. ESTA USTED HECHO UN GANDUL, SEÑOR CHUFITA.



MIENTRAS YO ARREGLO LA MERIENDA PREPARATE TU EL BIBERÓN, QUE HOY NOS VAMOS AL CAMPO.

¡QUÉ DELICIOSO ES EL CAMPO CON BIBERÓN! ¿VERDAD PERICUELO?



ME PARECE, CHUFITA, QUE NUESTRAS MALDITAS SOMBRAS SE VIENEN DETRÁS DE NOSOTROS.

PUES MI BIBERÓN LO VERÁN PERO NO LO CATARÁN.



¡CORRE, CHUFITA, CORRE, A VER SI LAS DEJAMOS ATRAS!



ESTAMOS PERDIDOS. ESTAS MALDITAS SOMBRAS NO NOS ABANDONAN.



YA SON NUESTRAS, SUJÉTALA BIEN QUE NO SE TE ESCAPE, CHUFITA.



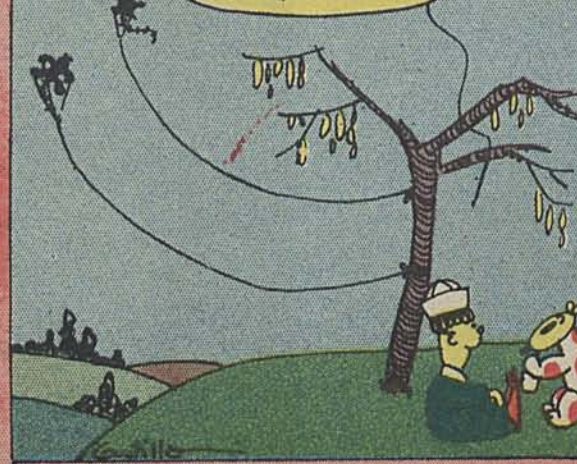
AHORA LAS ATAMOS Y HACEMOS CON ELLAS UNAS COMETAS.



LAS REMONTAMOS POR EL AIRE,....



Y YA PODEMOS MERENDAR TRANQUILOS, CHUFITA.





COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

JUICIO DE DIOS

LA Reina mora de Granada, esposa de Boabdil, el Rey *Chico*, como le llamaban, estaba presa por orden del Rey. En su oscuro calabozo sólo tenía por compañera una cautiva cristiana que, al ver tan apenada a su señora, la excitó a que buscara en el verdadero Dios y en nuestra sacrosanta religión el amparo de sus aflicciones.

La Reina había sido presa porque unos infames de la tribu de Zegri, por congraciarse con el Rey, acusaron a la Reina de haber tramado un plan para atentar contra la vida del Monarca. Diéronle tanta clase de detalles, que, arrebatado Boabdil por la cólera, mandó llamar a los caballeros que formaban la tribu Abencerraje, todos ellos de intachable fama, y los hizo degollar a su vista, sólo por estar acusados de ser cómplices de la Reina.

Treinta y seis de aquellos caballeros murieron bajo el sable del verdugo, y todos hubieran sucumbido sin la intervención de un paje que vió la degollina y se apresuró a avisar a los demás para que no acudieran al llamamiento del Rey.

Hubo un motín sangriento; pero, apaciguado éste, quedó presa la Reina y sometida a un Juicio de Dios. Consistía éste en que los acusadores mantuvieran su acusación con las armas en la mano, si alguno se presentaba a defender al acusado. Luchaban, y, si vencía el acusador, era condenado el reo, y, si vencía el defensor, era puesto en libertad como inocente.

Puesta en tan duro trance la Reina, que era tan buena como hermosa, siguió el consejo de su esclava y escribió a don Juan Chacón, señor de Cartagena, pidiéndole amparo en su cuita y ofreciéndole hacerse cristiana. Era el señor Chacón un esforzado guerrero

y un cristiano ferviente, por lo cual la esclava, que le conocía, no dudó un momento en que acudiría al socorro de la desgraciada Reina.

Pero los días pasaban, sin que se hubiese recibido la contestación del señor de Cartagena, y la Reina estaba angustiada, sin saber a quién recurrir. Llegó, al fin, el día señalado para el Juicio de Dios, y en una de las plazas de Granada levantóse un cadalso, en donde habría de morir la Reina, dado caso de que

vencieran sus acusadores o de que nadie se presentase a defenderla. Enfrente estaba el estrado de los jueces y la tienda de los acusadores. Era éstos cinco, de los más esforzados Zegries.

Llegada la hora, un heraldo pregonó la acusación, diciendo que los acusadores estaban dispuestos a mantenerla con las armas, si alguno osaba contradecirle. Reinó un silencio de muerte, porque el pueblo amaba a su Reina tanto como temía a los Zegries.

Nuevamente levantó su voz el heraldo, y tampoco nadie se atrevió a protestar. Después del tercero se daba por abandonada la defensa, y por

eso todos escucharon con angustioso silencio la voz del heraldo, que repetía por última vez la acusación. En esto se oyó un toque de trompeta y otro heraldo anunció que unos caballeros turcos que acababan de llegar querían tomar la defensa de la Reina. Momentos después penetraban en el palenque cinco turcos vistosamente engalanados, aunque ocultando con la seda y los encajes las sólidas armaduras de combate.

Subió el que parecía jefe de ellos al catafalco, en el que la Reina se encontraba, y, saludándola cortesmente en árabe, dejó caer sobre su falda la carta que escribiera a don Juan Chacón, mostrando de ese modo que él era, bajo el disfraz de turco, el que venía





a defenderla. Autorizó la Reina a dichos caballeros a que entrasen en combate, y bien pronto los jueces dieron la señal de la lucha.

No fué esta ni larga ni dudosa. Los caballeros cristianos disfrazados de turcos eran, además de Chacón, Gonzalo de Córdoba (el Gran Capitán), Ponce de León, Téllez Girón y don Pedro de Aguilar, es decir, la flor de la cristiandad española, y así el combate no osciló desde el primer momento.

El que primero acabó fué don Juan Chacón, hombre tan forzudo que, según sus biógrafos degollaba un toro de un solo tajo. Despachó a su adversario en diez minutos y se colocó al pie del catafalco de la Reina. Las músicas del pueblo celebraron la victoria, mientras lloraban los parientes del vencido Zegrí.

Ponce de León tampoco estuvo pesado, y eso que tuvo la desgracia de perder su caballo en la refriega, quedándose a pie y casi a merced de su adversario. Éste arremetióle con la lanza; pero Ponce de León, de un salto se puso fuera de alcance y dijo al moro:

—Más vale que te bajes del caballo; porque, si te lo hiego, será peor.

Cayó el moro en el garlito, y diciendo: «Tienes razón», apeóse rápidamente, y, empuñando la espada, avanzó hacia Ponce, que le esperaba valerosamente. A los primeros tajos le rebanó una pierna el cristiano al moro, y éste quedó vencido.

Nueva música entre los parciales de la Reina, y nuevos llantos entre los amigos de los calumniadores.



El tercero y cuarto hicieron lo propio; paso al último, por ser el más notable. Luchaban Gonzalo de Córdoba y el Zegrí más fuerte de los cinco. El Gran Capitán era de corta estatura, y el moro era de una talla colosal y fuerzas proporcionadas.

Así es que, creyendo éste en su fuerza su ventaja,

acercó su caballo al del Gran Capitán, y abrazándose a éste, le sacó de la silla para tirarlo al suelo. Pero no contó con la huéspeda, y era la fuerza de Gonzalo, el cual tan fuertemente se agarró a su contrario, que ambos vinieron a tierra, sin valer al Zegrí sus hercúleas fuerzas. Ya en el suelo, intentó nuevamente el moro levantar en alto a Gonzalo para estrellarlo; pero, según dice el cronista, «parecía que le habían brotado raíces en los pies». Entonces Gonzalo



sacó una daga y lo derribó de un solo golpe. Ya en tierra, confesó el Zegrí que cuanto había dicho era una infame impostura para perder a la Reina y a los caballeros Abencerajes.

Repitió su confesión ante los jueces, y la Reina fué declarada libre. Aquella misma noche recibió la Reina el agua del bautismo, siendo su pa-

drino don Juan Chacón, y poniéndosele por nombre María.

Los caballeros cristianos fueron curados de sus heridas, y mientras permanecieron en Granada custodió la casa en que se encontraba un fuerte escuadrón de caballería mora, mandada por Muza, hermano del Rey, mozo tan discreto como generoso, que profesaba especial amistad a Gonzalo, y que acabó por pedir el bautismo.

Esto os enseña, hijos míos, a tener fe en la protección del Cielo, que nunca falta a los que lo invocan de corazón.

Este curiosísimo hecho, que demuestra las altas virtudes y el heroico esfuerzo de la nobleza castellana, tan injustamente atacada por quienes no conocen su brillante abolengo, está consignado por el historiador y guerrero Diego Pérez de Hita en su *Crónica de las guerras civiles de Granada*.

FIN



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿De qué vamos a hablar, curioso Chonón?

—De lo que a tí te parezca, mi querido buho.

—¿Quieres que dediquemos la charla de hoy al somormujo?

—Ya te he dicho que hablemos de lo que á tí te parezca mejor.

—El somormujo es un ave que habita las aguas estancadas prefiriendo aquellos embalses que se hallan rodeados de cañaverales o de juncos. Muy raras veces se les ve en las costas del mar, pero a falta de otra agua se acercan a las marítimas.

—Quieres decirme que su dominio es el agua ¿no es eso?

—Exacto. No hay otras aves que tengan tanta afición a las costumbres acuáticas como los somormujos. Necesitan del agua para todo, incluso para emprender el vuelo, pues no pueden hacerlo sin antes tomar carrera sobre una superficie tan lisa como la del agua tranquila.

—Entonces como los hidroaviones ¿verdad mi sabio buho?

—Muy acertada la comparación. Esta necesidad para volar explica la predilección por las aguas estancadas. Es animal que nada extraordinariamente bien valiéndose de los potentes remos de sus patas.

—¿Son palmípedos verdad?

—Desde luego. Y ya sabes que todos los palmípedos, como tienen los dedos de las patas unidos por membranas, disponen de excelentes remos para la natación. Además, el somormujo pasa la mitad de su vida sumergiéndose en el líquido elemento, reapareciendo a larga distancia de donde hizo su inmersión. No abandonan el agua más que en casos de insistente persecución o cuando se ven heridos, en cuyos casos se internan en tierra y buscan un accidente del terreno para ocultarse.

—¿Duermen también en el agua?

—Sí, querido Chononcito. Cuando se hallan en reposo absoluto, su cuerpo flota como un pedazo de corcho; levanta las patas las apoya en las alas, hunde el pico entre el plumaje y a dormir.

—Entonces será fácil darles caza durante el sueño.

—No lo creas, porque solo duermen de noche y escogiendo remansos escondidos entre las cañas y los juncos. Además, en cuanto notan un peligro, y esto ocurre al menor ruido, emprenden veloz carrera sobre el agua, con tal rapidez, que un hombre, corriendo por la ribera no puede seguirlo, pues lo deja atrás en seguida. Y en todo caso, si el peligro se les acerca demasiado se hunden en el agua y hasta revuelven el fango del fondo para mejor escapar sin ser vistos.

—Y dime, amigo buho, ¿cómo es que estas aves nadadoras no se mojan el plumaje?

—Porque lo tienen cubierto con una ligera capa de grasa que les sirve de magnífico impermeable. Se alimentan de pececillos, ranas y renacuajos que buscan en el fondo del agua y los devoran antes de salir a la superficie. A veces se tragan voluntariamente sus propias plumas, con preferencia las del pecho. Explicase esta rareza porque en dicho sitio llega a crecerles de tal modo el plumaje que se les forma una bola, constituyendo un verdadero estorbo.

Construyen sus nidos sobre la superficie de las aguas semejan turbantes que flotan. Estos nidos no son iguales a los de las demás aves, pues no los hacen con materiales secos sino con substancias húmedas, razón por la que los huevos se encuentran siempre mojados y aún metidos en agua. Los materiales necesarios para la construcción del nido los extraen del fondo, y para darles solidez los mezclan con tallos de caña y de junco. La incubación de los huevos la hacen a medias entre el macho y la hembra y si desean abandonar el nido los dos, van antes a buscar al fondo un montón de plantas acuáticas medio podridas y cubren con ellas los huevos. Después de una incubación que dura unas tres semanas los pequeñuelos salen a la luz y son conducidos en seguida al agua; nadan apenas nacen.

—A lo mejor aprenden a nadar dentro del huevo ¿no te parece?

—Si el espacio en que pueden moverse fuese más grande, desde luego. A los pocos días de haber nacido ya saben sumergirse.

Al principio, cuando les amenaza cualquier peligro, los padres cobijan a sus hijuelos bajo sus alas y desaparecen con ellos en el agua. A veces los ocultan entre las plumas del pecho y así se lanzan por los aires. Un cazador que mató una de estas aves pudo observar que entre el plumaje del somormujo muerto había ocultos dos polluelos. Una vez que las crías abandonan el nido ya no vuelven a él y cuando quieren descansar lo hacen sobre el lomo de sus padres. Pero no les sería fácil colocarse si éstos no les facilitasen el medio; para esto se sumergen y vuelven a la superficie por el mismo sitio donde se hallan sus crías a las que levantan de este modo. En cambio cuando quieren desembarazarse de ellas se sumergen y los polluelos quedan flotando en el agua.

Como los hijuelos no pueden por sí mismos proporcionarse alimento cuando no saben aún sumergirse, emplean los padres su habilidad removiendo el fondo fangoso para que de él se desprendan gusanillos y larvas que suben a la superficie y se ponen al alcance de los pequeñuelos.

—¿Es comestible su carne?

—Es poco apetecible y por eso se les persigue muy raramente. Únicamente se aprovechan sus plumas para utilizarlas como adorno.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE SEPTIEMBRE

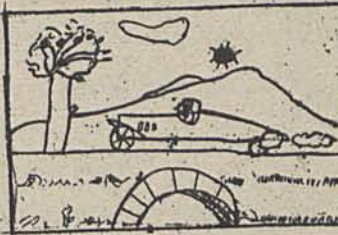
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Dibujo geométrico
F. Blasco



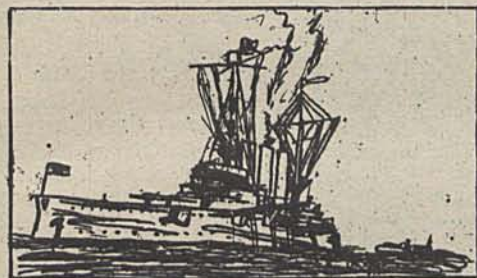
Un fumador
M. Martínez



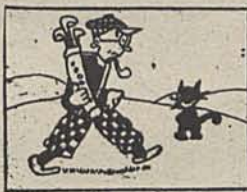
Viento en popa por Quique



Una jirafa
Santiago González



El crucero Hanmover. Blas Aragón



Escena
por Un desconocido



Berenguer
M. Martínez



Un caballo
Jesús Sánchez



Cayetano
Un desconocido



Payaso
J. Escribá



Pinocho pierrot
Julia Sánchez



Piel Roja
J. García Reyes



Casa de labranza.—Julia Sánchez



Mi barco
Pilar García



Guecho, mi casa
Josefina García

GRAN SORTEO DE JUGUETES

ORGANIZADO POR LA SOCIEDAD FABRICANTE DEL
PAPEL DE FUMAR ABADIE

Que se celebrará en combinación con el sorteo de la Lotería Nacional de 2 de Enero de 1931.

420 JUGUETES

- PRIMER PREMIO** • UN AUTOMÓVIL TIPO BABY, marca Citroën, con motor eléctrico y marcha de 15 kilómetros por hora.
- SEGUNDO PREMIO** • UN BONITO COMEDOR, compuesto de Aparador, cuatro sillas, mesita con mantelería y servicio.
- TERCER PREMIO** • UN MAGNÍFICO GRAMÓFONO, marca «La Voz de su Amo», dotado con cinco discos.
- CUARTO PREMIO** • UNA SÓLIDA Y ELEGANTE BICICLETA, para niño, provista de ruedas con cámara de aire.

VEINTE bonitos juguetes para los números favorecidos con los veinte premios de quince mil pesetas. 396 variados juguetes para los números favorecidos con las centenas de los cuatro premios mayores. Cada veinte cubiertas de libritos o cada cinco cubiertas de blocks de papel de fumar ABADIE da derecho a una papeleta para tomar parte en este sorteo.

El canje de cubiertas se efectuará desde el día 1 de Octubre al 20 de Diciembre, en el Almacén General del Papel de Fumar ABADIE.—Campoamor, 20 y Orellana, 3, triplicado.—Madrid. Los domiciliados en provincias se dirigirán por correo.

Ayuntamiento de Madrid

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE SETIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

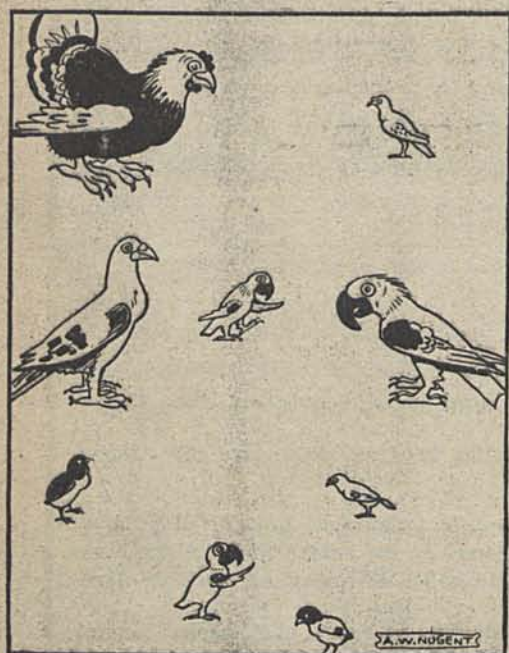
LOS ANIMALES MISTERIOSOS



Cuatro animales misteriosos hay escondidos en este dibujo.

¿Cuáles son y dónde están?

LOS HILOS



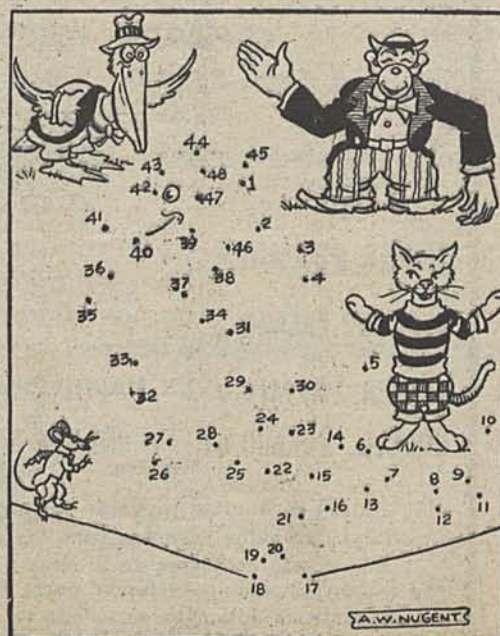
Hay que unir a cada animalito con los demás de su familia por medio de hilos, pero teniendo en cuenta que estos hilos no se pueden cruzar.

¿Cómo lo haréis?

Si queréis saber quien es unid los números, por orden, con líneas...

Sale solo.

EL EQUILIBRISTA



ANITA

BUEN-CORAZON



SECCIÓN PIRULA

Charles de Pirula... bordadora

SABI se SUBE a los ÁRBOLES



—Sabi—dice mamá que se halla bordan-do en el jardín de la casita de campo—haz el favor de traerme la madeja de lana azul que está en

mi cuarto, en el costurero de cretona.

Nadie contesta. Mamá extrañada, levanta la cabeza; Sabi no está allí; sin embargo estaba hace pocos minutos.

—¡Sabi!—exclama mamá—¿dónde estás?

Silencio; Sabi ha desaparecido.

—Sabi—repite mamá más alto y ya casi intranquila (las mamás se intranquilizan en cuanto no tienen a sus hijos ante sus ojos)—. ¡Saaaaabil

—¡Estoy aquí, mamina!—contesta por fin una vocecita llena de inocencia.

Pero esta voz parece bajar de las nubes. ¿Si estará Sabi realizando un vuelo en algún aeroplano?

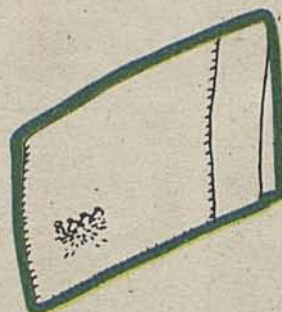
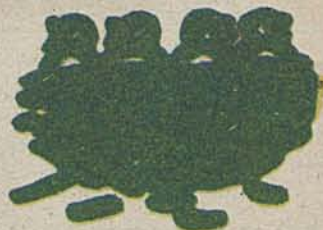
No; eso lo podemos pensar nosotras, pero mamá que conoce bien a Sabi comprende en seguida que la voz proviene de lo alto de cierta acacia entre cuyas ramas está oculto el cuerpecito ágil de Sabi.

Pero ¿no os extraña que Sabi se suba a los árboles? ¡Ah, ya comprendo! es que os imagináis que Sabi es un chico y así su afición a subirse a los árboles os parece natural... tan natural como si fuese un mono ¿verdad?

Pues no; habéis de saber que Sabi se llama Sabina y es una

niña, si bien su papá asegura que ha nacido niña por equivocación.

Y es cierto que merecería ser chico; su juguete predilecto no es ninguna de sus muñecas—y cuidado que las hay bonitas—ni su preciosa vajillita de porcelana rosa con florecillas doradas, ni su cocinita en la cual se puede guisar... y comer luego lo que en ella se guise... siempre que no lo haya guisado la pro-



pia Sabi, por supuesto. No, su juguete predilecto es una pistola y el entretenimiento que, durante el verano, prefiere a todos, consiste en subirse a los árboles, como acabamos de ver.

Y ¿qué es lo que busca Sabi en los árboles? Pues busca nidos, naturalmente.

Pero como, por suerte, a pesar de sus aficiones de chico travieso, Sabina tiene un corazoncito de niña sensible, no hay cuidado que cuando encuentra huevos en un nido, se le ocurra cogerlos; ni cuando lo que encuentra son pajaritos, les haga daño alguno, ni mucho menos el peor de todos los daños que es el de enjaularlos.

Se contenta con la alegría de contemplarlos y luego se baja del árbol satisfecha con su hallazgo.

Precisamente el de hoy ha sido magnífico; ¡seis pajarillos juntos! y qué monos son con sus cuerpecitos pelados, temblorosos, sus cabecitas microscópicas, y sus piquitos que se abren piando sin cesar como si pidieran biberón.

Tan monos que esta vez Sabi no se contentará con mirarlos; sino que guardará de ellos una imagen perenne. Porque aquellos seis pajarillos en su nido los tengo yo dibujados y Sabina va a copiar este motivo, bordando en los bolsillos de su delantal, en un sobre para la servilleta y en un cubre huevos de franela. Bordará el nido a punto lanzado, y los pajarillos a punto de cadeneta.

¿Qué me decís? ¿que no hay más que cuatro? No, no, en el nido hay seis, es que los otros dos están detrás y no se ven.

Y la prueba de que hay seis es que estos pajarillos tienen una historia, una historia completamente fantástica, un cuento más bien; estos seis hermanitos eran seis príncipes y tenían una hermana que se llamaba...

Pero ahora me acuerdo de que hoy no soy cuentista sino charlatana y bordadora; os contaré pues el domingo que viene la historia de los seis pájaros encantados.

